PROCLAMA DE PAYSANDÚ

1 de enero de 1972

DECLARACIÓN DE GUERRA

En la noche del 30 de diciembre, la columna “Leandro Gómez”, del Movimiento de Liberación Nacional (Tupamaros), ocupa simultáneamente el aeropuerto militar de Paysandú, desarmando su guardia e incautando tres fusiles ametralladoras M2, municiones y tras radios transmisores; el Radio Faro del Litoral situado a 3 km del aeropuerto, expropiando dos radiotransistores; una cantera de calcita ubicada en las cercanías de Queguay y su poblado, incautándose de 40 kg. de explosivos gelatinizados Delfo, 80 detonantes y pólvora. Luego de desarmar a la guardia policial, a la que se incautó un radiotransmisor de batería, el destacamento policial del poblado Constancia a 10 km de Paysandú, en las cercanías de las cuchillas del Quebracho.

Hace 100 años dieron combate por estos lugares, otros alzados. Hace 100 años, flamearon por estas tierras las mismas indómitas rebeldías del hombre oriental. Entonces fueron Timoteo Aparicio y el legendario teniente de Rivera, Anacleto Medina, los que unían sus criollas huestes de lanceros y enfrentaban las tropas regulares de los mandatarios que nos querían entregar al imperio de Brasil.

Han pasado 100 años. Poco ha cambiado el país para los pobres, en los rancheríos y en los cantegriles, el frío atraviesa las paredes y el guriserío tiene que dormir abrazado a los perros para abrigarse. Hay niños que mueren por diarrea en los basurales o en las plantaciones. Y los que repechan la miseria de los primeros años, crecen raquíticos, sin conocer la leche, el dulce, la fruta. Así alcanzan la juventud con los dientes podridos y la salud quebrada, mal comidos y sin atención médica. Los que llegan al hospital no encuentran cama ni remedios, y muchas veces falta el algodón y la gasa. El trabajo que se consigue casi siempre está mal pagado. Para peor, cuando el trabajador se rebela reclamando algo más, la respuesta es el palo, la tortura, la cárcel, la balacera.

Para los ricos el país tampoco ha cambiado mucho. Son los dueños de las estancias, del ganado, de las fábricas, de los bancos. Tienen casas confortables, médicos de cabecera, chalets de descanso en los balnearios; para ellos nunca hay escasez de carne. Sus hijos crecen sanos, limpios, tienen buenos maestros, buenos doctores y en sus sanatorios particulares nunca falta una cama, ni el remedio justo: son los dueños del país. Y están en el gobierno ocupando ministerios, administrando lo suyo, para que todo siga igual: los ricos, ricos; los pobres, pobres. Aunque no siempre es así. Pacheco llegó a presidente siendo un modesto periodista de segunda clase. Y al poco de estar, le construye a su esposa de entonces un apartamento de 10 millones de pesos.

Esta gente fue la que amañó las elecciones para que ganara el caballo del comisario. Estos son los que apadrinaron al abrasileirado Bordaberry. Estos son los que hicieron aparecer en las urnas más votos que votantes, y nadie puede asegurar que en esta elección no hayan votado hasta los muertos.

Para ellos se hizo el refrán de Martín Fierro: “La ley es como el cuchillo: no ofende al que lo maneja”. Cuando un rico roba, especula, estafa, la ley no lo toca. Si el escándalo es grande, hace un viaje a Europa y aquí no pasó nada. Pero cuando un hambriento del Cantegrill roba

para comer, ahí sí. Y si ese matrero de la ciudad se le volvió muy bravo, entonces lo asesinan, como asesinaron al Chueco Maciel. Un estanciero puede contrabandear tropas a gusto para los frigoríficos brasileros. Deja la población sin carne, al país sin divisas. Ese estanciero puede ser ministro en cualquier momento, o presidente. Pero un hombre del pueblo que carnea una oveja en Vichandero para darle de comer a sus hijos muertos de hambre, lo entierran tres años en un calabozo. Esta verdad no tiene vuelta; su ley, no los ofende. Y cuando el pueblo se rebela ante tanta injusticia viene la represión: la Guardia Matropolitana, los departamentos de policía, la JUP, el escuadrón. Ahora también han sacado a la calle al ejército. En su nueva actividad, el ejército tortura, como en el 9º de caballería, donde apagaron cigarrillos en el pecho de un estudiante de 17 aos, caminándole por encima, pisándole los testículos. Y mostrando su bajeza, en el mismo regimiento, manosearon asquerosamente a una compañera detenida.

Al pueblo oriental lo han humillado. Lo humillaron con el hambre y la desocupación, con la estafa electoral, con la cárcel y el encierro, con la tortura y la muerte.

Pero el pueblo oriental, ofendido y humillado responde como respondieron los que antaño se alzaron en cuchillas contra la injusticia. Vivimos días como aquellos que describiera Aparicio Saravia en su carta desde Caraguatá: “Este es el momento de la acción, que suprime toda controversia y encamina a los hombres a la pelea y al sacrificio”.

Es por esta razón que hoy ponemos fin a la tregua que unilateralmente iniciamos antes de los comicios. Ha quedado clara nuestra disposición, una vez más, de agotar todas las instancias para llevar la paz al país. Quedó claro también que este camino se reemprende porque el Gobierno no da ni quiere otra salida.

WWW.CEDEMA.ORG

Queda, pues, exclusivamente sobre sus hombros la responsabilidad de haber desencadenado esta guerra civil.

Y en esta guerra van a temblar, porque la pobrería no tiene otra cosas que perder en esta batalla que un hambre muy vieja, y ustedes, los ricos de siempre, van a dormir inquietos. Porque les vamos a entrar en sus mansiones y en sus despensas y en sus cajas fuertes. Ustedes han castigado al pueblo en las dos mejillas. No hay otra que poner. Ahora los humildes alzan su brazo armado. Y cuidado, que son muchos. Que somos muchos. Que somos todos. Y queremos patria.

Habrá patria para todos o no habrá patria para nadie.
Libertad o muerte

MOVIMIENTO DE LIBERACIÓN NACIONAL- Tupamaros
COLUMNA “LEANDRO GÓMEZ”

1 de enero de 1972